

PRESENCIA INTERNACIONAL

Siempre se ha considerado que las actividades navales tienen una directa relación con las relaciones exteriores. Tal consideración emana, tal vez, del hecho que el mar, siendo una masa continua, consta de espacios de soberanía nacional, relativamente limitados, y otros más amplios de derechos patrimoniales sobre recursos precisos (Zona Económica Exclusiva, ZEE), pero todo el resto, que es la parte más extensa -es considerado "res nullius, communis usus" (de nadie, pero de uso común). Así, el desplazamiento de fuerzas navales por estas enormes extensiones permite ejercer algún tipo de presencia o de presión en beneficio o resguardo del interés nacional, pero ello exige actuar con especial cuidado y dominio de la situación para no comprometer mayormente las amistosas relaciones internacionales ni, mucho menos, las disposiciones del derecho de gentes.

Esta misma calidad internacional de los espacios marítimos, junto a la compleja problemática derivada de su condición tridimensional -superficie, masa líquida, fondo y subsuelo marinos, con diferentes status jurídicos- genera la conveniencia de realizar esfuerzos compartidos entre los distintos Estados de índole marítima, que redundan necesariamente en una más estrecha vinculación entre sus marinos, los que, eventualmente, constituyen para cada actor internacional un respetado cuerpo de asesores -cuando no directos negociadores- y de ejecutores en el manejo de sus respectivos intereses marítimos nacionales.

Si a lo anterior se agrega la frecuente relación que el propio desempeño naval obliga a establecer con autoridades marítimas y públicas de aquellos Estados con los cuales se mantienen nexos profesionales, de tráfico marítimo y de índole política, es de suyo natural que la participación de unidades y personal naval en actividades vinculadas con el exterior se convierta en una práctica regular del servicio y que la preparación y experiencias así obtenidas vayan consolidando una capacidad de expedita inserción internacional que a la postre se hace consubstancial al perfil profesional del marino.

* * *

Entre las numerosas actividades con vinculaciones externas que normalmente desarrolla la Armada de Chile, es posible señalar tres de ellas que este año han tenido un intenso cariz internacional: la XXXIV Operación UNITAS, la Operación PAGODA y el XXXVIII Viaje de instrucción del buque-escuela Esmeralda.

* * *

Las condiciones del campo político internacional, propias de este inestable período posguerra fría, han reafirmado la conveniencia de elevar continuamente la capacidad bélica nacional para interactuar combinadamente, con máxima expedición técnica y táctica, con fuerzas navales de otras banderas, especialmente con la que es hoy la mayor potencia militar del mundo y cuya gravitación política internacional -pese a nubarrones que opacan su brillo- está en el cénit de su historia.

Sea cual fuere la apreciación que otros tengan de las favorables expresiones que sobre el profesionalismo de la Armada de Chile han tenido las autoridades navales extranjeras participantes en la XXXIV Operación UNITAS, nuestra institución está plenamente satisfecha de su participación en estos ejercicios de entrenamiento, pues en ellos, con los avanzados medios navales que aporta la Armada estadounidense -y que nuestra estrechez presupuestaria no siempre permite disponer en sus versiones foráneas- es posible verificar la efectividad, no sólo del entrenamiento previo, sino también de los ingenios bélicos que la avanzada capacitación tecnológica chilena (naval, universitaria y empresarial) está actualmente en condiciones de proveer. Todo ello constituye un logro profesional que, además, en el ámbito de la defensa hemisférica, mantiene abierta y en excelente nivel la interrelación naval de Chile con el exterior.

** * **

Por otra parte, la Operación PAGODA permitió a Chile tener presencia activa en un difícil caso de ejercicio de la seguridad colectiva a nivel mundial por parte de la Organización de las Naciones Unidas, en una misión de marcada significación política, pues su misión era contribuir a pacificar y hacer viable en Camboya una normalización democrática, a través de una elección de autoridades para los diversos órganos de los poderes públicos, en toda la amplia extensión de ese convulsionado territorio nacional.

La Armada de Chile comisionó una fuerza especial integrada por personal naval y de infantería de marina, adecuada para llevar a cabo tareas de desarme y control de áreas, en una región políticamente inestable y geográficamente fluvial.

La duración de la operación, del orden de los dos años, permitió renovar una vez, en su totalidad, las fuerzas participantes, con lo que se evidenció que el buen desempeño alcanzado era producto de una preparación profesional generalizada, en la cual se puede confiar para su empleo, programado o imprevisto, en cualquier otro tiempo o lugar.

Cabe destacar la expedición con que esta fuerza chilena logró actuar al poco tiempo de su arribo y la fluida acomodación de sus componentes a una estructura orgánica combinada, que incluía fuerzas de otros países y, sobre todo, mando foráneo, en un ambiente agobiante por sus características climáticas, la tensión político-militar existente, la difícil intercomunicación idiomática y la lejanía de la patria. En tales difíciles circunstancias, se alcanzó un alto nivel de efectividad en el cumplimiento de esa misión especial, asaz diferente de la típica de combate que es la verdaderamente propia de su capacidad profesional, sin que esta última se viera afectada en su esencia vocacional ni por la abrumadora presión de modalidades de acción notoriamente diferentes a las del firmemente internalizado modo institucional de ser y de actuar, ni por el alucinante despliegue de equipos, recursos, remuneraciones, contactos, viajes y expectativas surgidas de todo lo anterior.

El feliz término de esta ardua y riesgosa misión en el exterior realza la reconocida capacidad institucional para desarrollar tal tipo de exigentes cometidos internacionales y confirma, una vez más, la flexibilidad y eficacia del largo brazo y firme puño del poder naval.

** * **

Hace pocos días ha recalado en Valparaíso, de vuelta de su largo periplo por el Pacífico, el buque-escuela Esmeralda, conocido como la "Dama Blanca" por su esbelta estampa marinera y su casco y velamen de impecable albura. El itinerario de su viaje de instrucción incluyó puertos en Tahiti, Hawai, Japón, Corea del Sur, China, Malasia, Australia y Nueva Zelanda, tocando además, de ida y vuelta, en isla de Pascua.

El propósito fundamental de estos viajes de instrucción es, naturalmente, de índole profesional y se centra en el entrenamiento marineramente de las promociones de guardiamarinas y grumetes recién egresados de su respectiva escuela matriz. Para ello incluyen extensas navegaciones a vela en las que la prolongada permanencia en la mar por la larga sucesión de contiguas singladuras sin tocar tierra, así como las cambiantes condiciones meteorológicas a lo largo de las mil rutas de tan anchuroso océano, crean una situación de plena vida naval en que la presencia del mar y de su entorno natural presionan mental y físicamente a los novales nautas, vigorizando su cuerpo y su espíritu y, por sobre todo, su vocación profesional.

Complementando lo anterior, el viaje permite a la tripulación conocer otras tierras y, lo que es más importante, otros pueblos y sus culturas. Esta experiencia no sólo incrementa individualmente la cultura propia de cada marino, sino que les permite justipreciar la cultura nacional, junto con proyectarla en las sociedades que visitan, por medio de los despliegues ceremoniales, maniobras demostrativas, retribuciones oficiales y, tal vez más imperceptiblemente aunque con igual o superior impacto, a través del pundonoroso comportamiento individual en sus servicios de guardia a bordo o en sus horas de descanso y recreación en tierra.

La presencia del Esmeralda en puertos extranjeros proyecta además, oficialmente, la imagen del Estado chileno. Las visitas de su comandante a las autoridades lugareñas reviste una singular importancia que va más allá de exterioridades formales, pues crea nexos que, por la representatividad del buque y su bandera, trascienden lo meramente protocolar.

En esta oportunidad, tales derivaciones diplomáticas tuvieron una resonancia mayor por la concurrencia de dos hechos de feliz coincidencia. Uno fue la presencia simultánea, en Malasia, del buque-escuela y del Sr. Comandante en Jefe de la Armada, de visita oficial en ese lejano país de la cuenca del Pacífico; tal circunstancia permitió que pudiera revistar allí a su entusiasta tripulación y retribuir con señorío, bajo los colores nacionales, las atenciones prodigadas a su alta investidura. Otro fue la similar circunstancia ocurrida en Nueva Zelanda, donde la recalada del buque coincidió con la visita oficial de nuestro Presidente de la República, permitiéndole

congratular personalmente a su ya avezada tripulación, recibir en sus tecas a emocionados connacionales residentes en esa vigorosa nación y, muy especialmente, festejar oficialmente a las autoridades políticas locales con toda la prestancia que da hacerlo soberanamente sobre maderos que rezuman chilenidad y cuyos portales reciben con hospitalidad y se abren con orgullo hacia cubiertas apropiadamente engalanadas bajo el dosel de la enseña nacional.

Revista de Marina, cuyas ediciones también se desplazan hacia otros horizontes, llevando bimestralmente parte de la esencia del pensamiento naval chileno como muestra de la cultura marítima de nuestro pueblo, destaca con respeto y admiración la vigorosa proyección externa de la Armada de Chile, cuyo impecable desempeño exterior tanta satisfacción da al país, toda vez que para los chilenos, de acuerdo con la idiosincrasia nacional, nada contribuye más decisivamente a una certeza plena en su propia calidad humana y profesional que el reconocimiento extranjero, evidenciado, como en estos casos, en una exitosa y bien acogida presencia internacional.